

RECENSIONES

HELIO JAGUARIBE: *Crisis y alternativas de América Latina: Reforma o revolución*. Editorial Paidós, Buenos Aires (Argentina), 1979, 211 pp.

Difícilmente nos es dado encontrar un campo más apropiado, más idóneo y más concreto que el que nos ofrecen los países que componen la América Latina en orden, naturalmente, al estudio, al análisis y a la aplicación y valoración práctica de los principios de las relaciones internacionales—de la alta política internacional—. El primer acierto de las páginas que adedamos al doctor H. Jaguaribe radica, precisamente, en que, a diferencia de la mayor parte de sus colegas, de los autores que con anterioridad se han ocupado de consagrar sus esfuerzos y sus reflexiones académicas a desvelar los posibles secretos del tema que ocupa nuestra atención y que ha inspirado la redacción del libro que comentamos, no parte de la clave hartamente manoseada de dar por supuesto que el área geográfica de la América del Sur—a cada uno de sus pueblos—la envuelve, la convulsiona y la preocupa unos mismos problemas—políticos, sociales, económicos, etc.—. El autor, desde el mismo umbral de su obra, procede con suma claridad: los países del cono sur americano son, en el fondo, radicalmente diferentes en muchísimos aspectos. Por eso, nos dice, es de lamentar la escasa eficacia que llegan a alcanzar ciertos trabajos, fruto de la generosidad y de la meditación científica seria, pero que, desde su propio origen, nacen yugulados por una simple cuestión de sensibilidad: no darse cuenta—no advertir—la heterogeneidad, aun dentro de una posible afinidad geográfica y política, que define a cada uno de los países latinoamericanos. Consecuentemente, palabras del autor de estas páginas, «muchos análisis comparativos resultan viciados porque no se tiene en cuenta ese aspecto fundamental. Algunas personas, por ejemplo, comparan las tasas de crecimiento de Hong Kong con las de China (por lo general para mostrar cuánto progresa la primera, gracias a su sistema de libre empresa, respecto de China comunista), cual si Hong Kong pudiese existir, en algún sentido significativo, como sociedad nacional. Lo mismo ocurre en América Latina, nominalmente independiente, con Argentina o Brasil, sin tener en cuenta el problema de la viabilidad nacional».

El profesor H. Jaguaribe se ha tomado, pues, la molestia de analizar a través de las páginas de su cuidado libro, clasificándolos adecuadamente, cuáles, en rigor, son los problemas personalísimos y, por lo tanto, propios e intransferibles, de cada uno de los Estados latinoamericanos y cuáles, por otra parte, son los que comúnmente acongojan a tan sugestiva y extensa área geográfica. Auxiliado por las estadísticas, por los datos numéricos, por

RECENSIONES

los aportes sociológicos y por las perspectivas que hoy comportan otros factores científicos importantes, cómo la evolución técnica o industrial, el autor expone su primera y trascendental conclusión doctrinal: la evidencia, en comparación con cualquier otra región del mundo civilizado, del dramático estancamiento latinoamericano. América Latina, por el momento, no ha tenido aún —y si la ha tenido la ha desaprovechado— la gran ocasión de establecer unas coordenadas de política internacional radicalmente sólidas. A poco que se profundice en esta grave cuestión es factible el darse inmediatamente cuenta de que, para bien o para mal —posiblemente para mal de este inquieto Continente—, siempre se ha procedido, salvo casos muy calificados —que, curiosamente, caen fuera del Continente, no obstante su aproximación geográfica, como el ejemplo de Cuba—, con una increíble timidez. Su colosal vecino de la América del Norte y el eterno y clásico complejo ante los países occidentales —entiéndase los europeos (pues la expresión de «occidente» no está muy clarificada al respecto)— han hecho de los países latinoamericanos un pueblo sustancialmente agónico —condenado a la eterna inestabilidad política.

Piensa el autor de las páginas a las que hacemos referencia que, a decir verdad, la crisis latinoamericana es congénita, a saber: las sociedades latinoamericanas se mantuvieron subdesarrolladas, desde su independencia hasta las primeras décadas del siglo xx, porque se vieron llevadas —impulsadas— a convertirse en sociedades dualistas, en las cuales la elevación a su punto óptimo de los objetivos de la élite no era compatible con los intereses de la masa, lo cual impidió la integración social de los países en cuestión, y provocó el establecimiento de ellos en un régimen social (es decir, de un régimen de valores, de participación, de poder y propiedad) inválido para su desarrollo nacional. Cualquier estudioso del tema puede advertir, consecuentemente, que el gran mal de origen que ha hipotecado —y en parte lo sigue haciendo— el espléndido futuro que, en un determinado momento, pudo vislumbrarse para los pueblos sudamericanos, consistió simplemente en que, ciertamente, el impulso latinoamericano hacia el desarrollo —el autor hace especial hincapié en que no se pierda de vista esta dolorosa realidad— no fue llevado en las primeras décadas de nuestro siglo a un nivel de auto-mantenimiento porque, en la medida en que el proceso era inducido por la demanda interna, los mercados nacionales resultaban demasiado pequeños. En la medida en que era promovido por esfuerzos deliberados de los gobiernos nacionales, el costo de la incorporación de las masas a los centros de participación y de consumo más elevado resultó ser en alto grado superior a los límites consensualmente aceptables por los nuevos grupos que ascendían al Poder, que, insiste el autor de este libro, utilizó, en no pocas ocasiones, los medios militares para interrumpir el proceso de cambio y para mantener o restablecer un *statu quo* dualista.

Junto a la extraña y desorientadora manipulación económica que, en el fondo, desde siempre ha padecido el Continente estudiado en estas páginas, sitúa el profesor H. Jaguaribe los «estropicios» sociales que la tendencia política denominada «populismo» igualmente ha suscitado. Así, nos dice, que las reformas populistas, desde las décadas de 1940 a la de 1960, que expresan el creciente número y fuerza de las masas urbanas como una consecuencia de la rápida industrialización de América Latina, aun reconociéndoles cierta importancia y evidentes logros de carácter social, tuvieron, en

RECENSIONES

definitiva, que ser sistemáticamente derribados en toda la América Latina por infinitos golpes militares de derecha, más o menos ayudados por la mano invisible de los Estados Unidos de América. Todos estos acontecimientos dieron lugar al hecho de que los pueblos latinoamericanos, en cualesquiera de sus dimensiones—políticas, sociales y económicas—, hayan estado, como la tela de Penélope, eternamente comenzando y deshaciéndose...

Parece obvio el indicar, a punto de finalizar nuestro comentario, que el autor estudia exhaustivamente los diferentes procesos que, hoy por hoy, integran o condicionan la personalidad propia de cada uno de los pueblos latinoamericanos—Argentina, Chile, Perú, Venezuela, etc.—. Gracias a ese análisis el autor llega a tres sustanciales conclusiones, a saber: la alternativa para estos pueblos de la autonomía o de la dependencia, la reforma a fondo de sus estructuras actuales o la provocación de una auténtica revolución sociopolítica y, por supuesto, el establecimiento sumamente potenciado de unas líneas más rigurosas concernientes a la política cultural y a las relaciones internacionales.

Nosotros destacaríamos, aun siendo plenamente conscientes de lo aventurado de nuestra afirmación, que la parte más interesante de este libro la constituye, paradójicamente, el amplio capítulo consagrado a los Estados Unidos de América. Realmente, cara al futuro, los pueblos latinoamericanos, antes de realizar cualquier movimiento dentro de ese inmenso tablero de ajedrez que representan las dos Américas, deben estudiar muy detenidamente el poderoso influjo del gigante norteamericano. Los Estados Unidos, quiérase o no, condicionan todas las posibilidades y alternativas de estos pueblos. Lo que no les es posible ni aconsejable a estas naciones es suscitar la enemistad de su inquieto vecino. Perfectamente, con datos fehacientes—con números a la vista—, el autor de las páginas que comentamos demuestra la poderosa influencia norteamericana en todos los órdenes de la vida. Es de destacar igualmente que los Estados Unidos no han «entendido» nunca a los pueblos latinoamericanos, y de aquí, como muy bien lo subraya el profesor H. Jaguaribe, el fracaso de los programas—para el desarrollo de la América Latina—concebidos por la administración Kennedy, la administración de Johnson y la de Nixon.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

SAMIR AMIN: *Clases y naciones en el materialismo histórico*. Barcelona, El Viejo Topo, 1979; 212 pp.

Dentro de la teoría de las relaciones internacionales, un tema de verdadero interés lo constituye la cuestión *marxismo-relaciones internacionales*. Máxime cuando, en determinados medios «teóricos», la falta de atención hacia la cuestión es la característica resaltante y cuando, en otras ocasiones, dándose un mínimo de interés por el asunto, se niega la existencia de una «teoría marxista de las relaciones internacionales», calificándose las «aplicaciones del marxismo a la política internacional», de «aplicación de *la receta*», etc.

RECENSIONES

Pues bien, necesidad *objetiva*—por distintas consideraciones (de M. Merle a R. Aron, pasando por D. Colard)—del conocimiento de la estimativa marxista de las relaciones internacionales.

Ahora bien, en este discurrir, sabido es que hoy se habla de «*neo-marxismo*», desde el «renacimiento» de «la aplicación de la teoría marxista a los problemas internacionales» en los últimos tiempos.

Ahora bien, en esa línea, ha de tenerse presente que también se habla de «*ultra-marxismo*», inspirado en el análisis de los problemas del tercer mundo. Pues bien, esta vertiente doctrinal puede simbolizarse por la «nueva teoría del imperialismo», expuesta por S. Amin. Y este autor es adscrito—así, por el citado Merle—a la orientación del «ultra-marxismo». Aunque, para otra dirección de pensamiento—por ejemplo, por el mentado Colard—, S. Amin pertenece a la corriente de «autores neo-marxistas», *sin más*.

* * *

Con la idea de que «la Historia sirve al combate ideológico que opone a los que quieren cambiar la sociedad... y a los que quieren perpetuar sus características esenciales», se inicia la obra reseñada. Tal pensamiento abre el primer capítulo del libro, centrado aquél en la problemática «clases, naciones y Estados en el materialismo histórico» (pp. 7-29).

Por supuesto, el punto clave del enfoque, a este respecto, es que «los conceptos fundamentales del materialismo histórico únicamente tienen valor científico en la medida en que tienen *un alcance analítico universal*» (vid. página 9). Por lo demás, materialismo histórico valorado como un «arma» (cf. p. 9).

Pues bien, en esta línea, para S. Amin hay una serie de tesis esenciales. a) La Historia universal puede ser comprendida. b) La Historia universal es siempre Historia de desarrollos desiguales. c) La Historia, en último análisis, es la Historia de la lucha de clases. d) El sistema de relaciones del mundo contemporáneo es el imperialismo. e) La existencia de las naciones «conlleva la de la cuestión nacional», y el desarrollo desigual da a esta cuestión una agudeza particular en el desarrollo de las luchas. f) La tendencia a la uniformización es propia del sistema capitalista. Etc.

El siguiente punto abordado es el de las llamadas *formaciones comunitarias* (pp. 30-38). En este apartado se plantea el significado de la antropología en el estudio de las sociedades de clases en vías de constitución (papel dominante del parentesco, etc.), y se señala la necesidad de *estudiar la realidad en todas sus variantes*, a partir de los estudios antropológicos *concretos*. Ahora bien, en ello hay un peligro: el de que la antropología «inspirada por la rigidez dogmática y verbal» se extravíe en un callejón sin salida (cons. p. 33). Advertencia contra el riesgo de que la antropología *caiga en el academicismo* (cf. p. 34), etc.

Seguidamente el autor comentado pone su interés (pp. 39-58) en el carácter de *las formaciones tributarias*. El modo tributario viene configurado como la forma más general de la sociedad de clases *precapitalista*, y definido—a la vez—por unas *relaciones de dominación—clase-Estado* gobernante y *campesinos* gobernados—y unas *relaciones de explotación—extorsión* de un excedente bajo forma de *tributo*—. Y en resumen, lo destacable es que

RECENSIONES

la lucha de clases en el modo tributario es la que explica—al menos, en parte—la política exterior de la clase tributaria (cf. p. 46).

S. Amin se ocupa de sentar la especialidad del feudalismo (cons. pp. 50 y siguientes).

Para pasar a la valoración del *desarrollo desigual en la transición capitalista y en la revolución burguesa* (pp. 59-84): a) Evaluación de la economía mercantilista, a través de «una necesaria teoría—”y no simplemente de una historia”—de conjunto del sistema mercantilista» (cf. pp. 68 y ss.). Fundamentalmente, se trata de saber si el periodo mercantilista es todavía feudal, o ya capitalista, o un periodo de transición. El autor procede a una caracterización por medio de la dinámica *centro-periferia* (cf. pp. 73-75). b) Evaluación de la llamada revolución burguesa, distinguiéndose entre vía «revolucionaria» y vía «reformista», etc.

Con una particularidad: durante este periodo «emerge progresivamente la *cuestión nacional*».

El paso siguiente es penetrar en *el desarrollo desigual en los centros capitalistas* (pp. 85-105) con *la cuestión nacional*. Aquí, una observación: para S. Amin, 1800 marca «el giro decisivo de la Historia universal». Es «la fecha de nacimiento de la Historia universal». En suma, la Historia europea 1850-1914, «adquirió, de hecho, el aspecto principal de una *Historia de luchas nacionales*» (p. 87).

En esta parte tenemos consideraciones de Marx y Engels sobre las «naciones sin Historia» y las «naciones históricas». El libro reseñado estudia los casos de Italia, de Irlanda, de Bélgica, de Suiza, de Canadá, etc. España es presentada como «*Estado nacional sólo a medias*» (cf. p. 86). Aun más: España se contempla como país que «se pudrió a causa de la riqueza obtenida demasiado fácilmente de América» (*vid.* p. 103, y más detalles en pp. 102-103).

Centro y periferia en el sistema capitalista es el título del siguiente capítulo (pp. 106-145).

Pues bien, el hecho es que el sistema capitalista del imperialismo se aprehende a base de la existencia de *centros*—«el primer sistema económico planetario»—, con unas economías dominantes y acabadas (o autocentradas), y de unas *periferias*, o economías dominadas y retrasadas (o extravertidas) (*vid.* p. 20).

Una realidad clave es que, según S. Amin, «*el centro no puede prescindir del pillaje del tercer mundo*». Si el pillaje terminase, «los centros se verían obligados a modificar sus estructuras de manera adecuada, para adaptarse a una nueva división internacional del trabajo *menos desigual*». Es entonces cuando «podría empezar a hablarse de un *verdadero* nuevo orden mundial» (*vid.* p. 120).

Y, en esta tesitura, lo interesante es que S. Amin encuadre el «nuevo orden económico internacional» como manifestación de «crisis» del imperialismo (cf. p. 113), aparte de otras cosas (cons., concretamente, pp. 114-115, 118-120).

En todo caso, lógico es que el autor analice la estructura de clase del sistema imperialista contemporáneo (pp. 121 y ss.), ofreciéndonos la postura del «economista vulgar» y la del «marxista vulgar» (*vid.* pp. 126-127) y la problemática suya. En fin, para S. Amin, el capitalismo se ha constituido de hecho explotando a la periferia (p. 148). Con una evidencia actual: «el conflicto [del tercer mundo] con el imperialismo es *total*» (cf. p. 120). A lo que

RECENSIONES

ha de unirse esta otra evidencia: «la lucha del tercer mundo contra la hegemonía imperialista dominante» (vid. p. 121). Y, «por muchas razones, esta lucha sigue siendo hoy la fuerza principal de transformación del mundo» (cons. p. 121).

Y en la ruta de modificación de la división internacional del trabajo entre países desarrollados y países del tercer mundo—para una reducción de la desigualdad—, el autor de esta obra menciona (pp. 119-120) distintos instrumentos.

A la cabeza del asunto de *la liberación nacional y la transición socialista* (pp. 146-184) está la cuestión—«la cuestión fundamental de nuestra época» (cf. p. 146)—de saber si «la burguesía es todavía una clase ascendente». Pero es que hay más cosas. Por ejemplo, la naturaleza social de la sociedad soviética (pp. 168-170). En todo caso nos encontramos con que, en la valoración del «carácter contradictorio de la transición socialista» (pp. 165-168), se exponen juicios como el siguiente: «la experiencia soviética nos enseña que la transición socialista no conduce necesariamente al comunismo» (p. 165). Y, en esta dirección, el volumen recensionado ofrece pensamientos esclarecedores (así, en la p. 173; sin desdeñar la estimativa china sobre el social-imperialismo, en las pp. 176-178).

El capítulo se cierra con una evaluación de *la ideología de la cultura universal*. Estamos ante la tendencia a la homogeneización universal (vid. páginas 180 y ss.). Pues bien; para S. Amin, «la tendencia a la uniformización es una tendencia al refuerzo de la adecuación de la superestructura a las exigencias de la infraestructura capitalista» (p. 184). S. Amin hace al respecto sabrosas reflexiones (a todo lo largo de la p. 184), muy interesantes para los europeos.

Las notas al texto van en las páginas 185-189. Una orientación bibliográfica sistematizada se incluye entre las páginas 191 y 211.

* * *

Yendo a la conclusión, diremos que nos hallamos ante un libro de lectura nada fácil. Volumen pleno de interrogantes.

Ahora bien, obra llena de facetas críticas. Por ejemplo, cuando se sostiene que «Marx nunca quiso ser tomado por un profeta» (p. 164). O cuando el autor se opone a «las superespecializaciones, contrarias al espíritu del marxismo», que «favorecen las tendencias académicas» (p. 164). En este extremo se impone recoger la denuncia de S. Amin de la conversión—«a fuerza de rigidez dogmática»—del marxismo: de «un instrumento revolucionario de acción» en casi una *disciplina académica* (cf. p. 162). Parejamente es de registrar su reacción ante el «occidentalocentrismo», cuya manifestación inmediata es «la ausencia de interés por las sociedades no occidentales» y que supone «una deformación sistemática del marxismo» (vid. detalles en las pp. 161-162).

Y, en fin, téngase bien presente el enorme significado de la toma de posición de S. Amin contra el «peligro de hacer indefinidamente 'derivar la teoría de la Teoría'» (cons. p. 164). Admonición que, por supuesto, no sólo ha de entenderse en el mundo de los seguidores de K. Marx.

LEANDRO RUBIO GARCIA